

## “CON JESUCRISTO EN EL GOIERRI” (1)

Quehaceres profesionales me llevaron a comienzos del verano al Goierri. Hace unos años, después de encontrarme con la Renovación, asistí, junto con una serie de hermanos, a un inolvidable retiro en Urnieta tras penetrar en la ladera oriental de este industrial y revolucionario valle (2). Ahora, periódicas actividades utilitarias me traían justamente al lado contrario, es decir, al oeste del río Oria o u Ordizia, cerca de Asteasu, un pequeño municipio próximo a Tolosa, antigua capital de Guipúzcoa.

Mientras en Urnieta, rodeado de miembros de Maranatha comenzó mi anhelada reconversión en profundidad a Jesucristo, en Asteasu no pretendía sino dar cumplimiento a mi deber como coadministrador de una empresa industrial cuyo desempeño había iniciado años atrás.

Por entonces, cuando comencé esta actividad, ya había alcanzado el Goierri fama notoria como feudo principal de ETA.

Y sin embargo su revolucionaria forma de proceder no había tenido reflejo alguno en la marcha de nuestra empresa. Incluso mucho antes del inicio de la crisis, que tanto está lastrando la economía mundial, por pura necesidad societaria, hubimos de regularizar dos o tres veces nuestra plantilla. No encontramos ningún problema a pesar de que toda la nómina estaba integrada por naturales del valle y todos nuestros directivos y Consejero eran madrileños o al menos habitantes de la denostada capital de la nación. Nos bastaba con cumplir estrictamente las normas indemnizatorias vigentes para obtener las pretendidas bajas. Sin manifestaciones, huelgas ni ninguna otra forma de protesta. Un territorio tan conflictivo laboralmente lo era para nosotros menos que cualquier otra zona del centro. ¿A qué era debido? Muchas veces me lo había preguntado y nunca había dado con la respuesta adecuada.

Durante esta última visita ni siquiera lo cuestioné. La planta industrial, desde comienzo del verano, no tenía actividad vespertina por lo que, a petición de un nuevo directivo, pudimos recorrerla tranquilamente al concluir nuestra asamblea. Ningún signo espiritual ni tan siquiera estabilizador denoté al transitar por las oficinas, salas de reuniones, despacho del director y demás espacios burocráticos. Amplias, ordenadas, limpias e incluso más luminosas – el tiempo reinante ayudaba – que de costumbre. Al adentrarnos en la gran nave anexa donde se desarrollaba el proceso fabril, ante las explicaciones del director técnico, adopté una actitud connatural a mi condición de “hombre de letras”. Para evadirme, pues, de la atención a unas explicaciones que sabía no iba a entender, busqué con avidez algo capaz de entretenerme durante el relato de lo que allí se cocía entre polipastos, materia prima, producto acabado y herramientas de toda índole.

(1) Copia del texto enviado para su inserción en la página Web de la Comunidad de Oración de Fray Escoba perteneciente a la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.

(2) El Goierri viene marcado por el curso del río Oria comenzando tras el descenso del puerto de Echegarate y concluyendo poco antes de su desembocadura en el remero pueblo de Orio.

Alcé la vista pues el suelo,, aunque ordenado, me pareció confuso y carente de interés. Era justamente lo contrario de esa gran cocina impoluta que, lleno de orgullo, nos había enseñado la víspera Pedro Subijana colgada sobre el Cantábrico como un trampolín, en lo alto de Igueldo.

Un gran imán interrumpió mis cavilaciones y atrajo mi mirada sin desviación posible sobre un Crucifijo de madera tamaño clase de colegio religioso, que presidía desde las alturas el paño sur de la gran nave industrial. Los brazos de Jesús extendidos al máximo, parecían tensionados en lucha por desembarazarse de los clavos y abrazar a todos lo que se encontrasen, durante el horario laboral, en aquel guirigay, de grúas, camiones, martillazos, tornos y demás elementos inconexos y estimularlos a la mejor consecución del proceso pretendido.

Maravillado por la inesperada aparición de aquel único elemento pacificador de la empresa, una felicidad indefinible me invadió de repente al comprobar cómo era precisamente Jesucristo quién con su presidencia, desde lo alto del lugar más problemático del negocio, estaba embalsamando todas las relaciones personales e impidiendo así el nacimiento de cualquier tipo de pugna. Lo mismo sucedía y ya lo habíamos experimentado a escala individual, cuando la inhabitación del Espíritu Santo en nuestro interior nos impele tan sólo a conductas de neta positividad. Traté de mostrar a mis acompañantes la sorprendente e inesperada presencia de una imagen del Señor en medio de la nave de producción. Me escucharon sin escucharme. Era sin duda para ellos más interesante proseguir con la conocida cantinela técnica.

Busqué a la secretaria que nos acompañaba en la visita. No quería estar solo ante aquel singo de transcendencia. Necesitaba saber quién o quiénes y cuándo había colgado allí aquella imagen del Resucitado. No lo pude conseguir. La secretaria, debidamente autorizada había partido.

A los demás parecía no interesarles mi preocupación. Tampoco yo en mis anteriores estancias había visto el Crucifijo a pesar de haber mirado en su dirección. No puedo asegurarlo. Si puedo, en cambio, afirmar que antes de mi reconversión marchaba con los ojos abiertos pero sin ver. Por eso el Señor nos dice: “el que tenga ojos que vea”.

Significativo resulta que tanto mi reconversión como la percepción del Señor presidiendo la armonía de los trabajadores en un taller presuntamente problemático hayan sucedido a un lado y otro del Goierri.

Gloria al Señor.  
Madrid, 16 de agosto de 2010  
Fernando Escardó